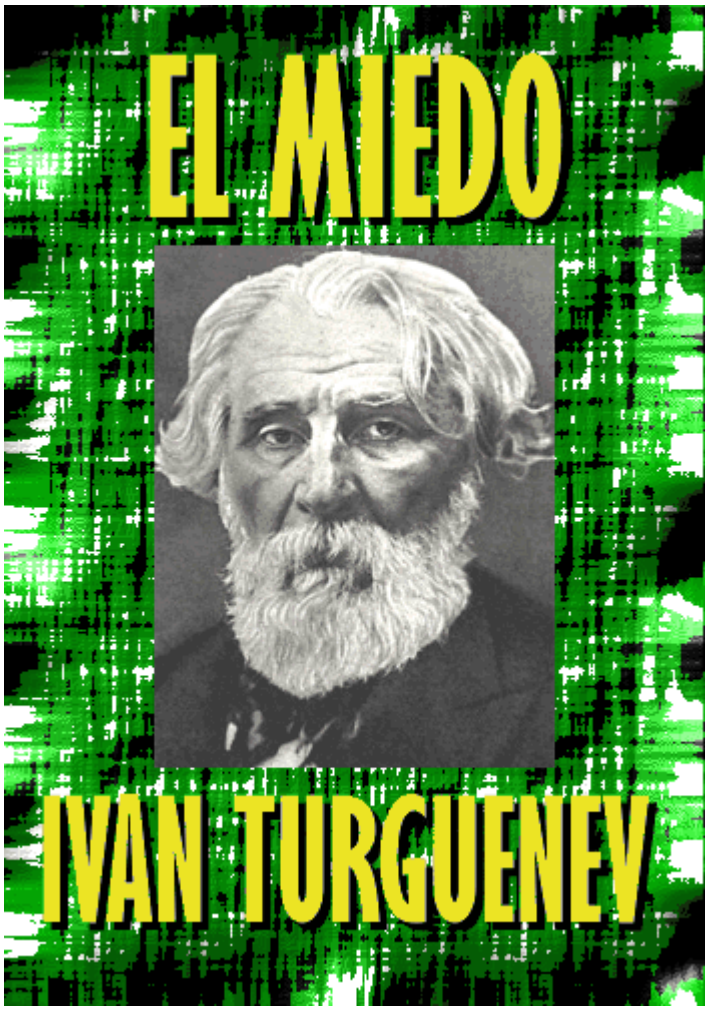
EL MIEDO

IVAN TURGUENEV



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

-Debo advertiros, barias, que se nos acabó el plomo -dijo Jermolai entrando en la "isba".

-¿Cómo? -exclamé saltando de la cama-. Habíamos traído más de treinta libras, más de una bolsa.

-Es verdad, señor. La bolsa es grande, pero no sé si se habrá agujereado. Lo cierto es que apenas queda para diez tiros.

-¿Qué hacer? No hemos recorrido aún los lugares mejores, y mañana nos cruzaremos por lo menos con diez bandadas.

-Si queréis voy en seguida a Tula. No está lejos, treinta y cinco "verstas" cuando más; voy en un relámpago y os traigo pronto cuarenta libras.

-¿Cuándo irás?

-En seguida. Sólo que han de alquilarse caballos.

-¿Por qué si los tenemos?

-No podemos servirnos de ellos, uno cojea horriblemente.

-¿Qué le ha ocurrido?

-El cochero lo llevó a que lo herrasen. Pero volvió y no podía tener la pata en el suelo. Un asno, el herrador.

-¿Le han quitado la herradura, por lo menos?

-No creo, pero será preciso hacerlo, porque se le metió un clavo en lo vivo.

Hice llamar al cochero, quien confirmó las palabras de Jermolai.

Ordené que quitaran al caballo la herradura, y se le puso la pata envuelta en greda húmeda. -Bien, voy a alquilar caballos para ir a Tula.

-No me parece probable que encuentres caballos en semejante lugarejo.

La zona donde estábamos era de lo más miserable. Sus habitantes parecían haber soportado una larga carestía. Las casas eran sucias y nos costó un trabajo enorme encontrar una "isba", si no blanca, siquiera no del todo mugrienta.

-Espero que habrá caballos -dijo Jermolai-. Habláis con burla y desprecio de esta aldea. Sin embargo, en otro tiempo hubo aquí un rico granjero que tenía nueve caballos y gran número de sirvientes. Hoy está su hijo: un bestia entre las bestias. No ha derrochado todavía todos los bienes que le dejó su padre, pero no tardará en hacerlo. Le quedan algunos caballos y podría prestármelos. Tiene hermanos que son algo mejores, pero deben someterse al mayor. Os le traeré aquí.

Mientras Jermolai se iba, medité la conveniencia de ir yo mismo a Tula. Mi confianza en él no era grande. En curta ocasión le había enviado a la ciudad para hacer algunas compras. Debía ir y venir en el mismo día. Durante ocho días estuve aguardándole, y al final regresó sin haber cumplido con los encargos. Se había bebido el dinero en la taberna. Tampoco trajo mi carro. Por otra parte yo conocía a un chalán que podría venderme un caballo para reemplazar al herido. Cuando lo había decidido, llegó Jermolai:

-¡Aquí está! -exclamó entrando en la "isba". Junto a la puerta había un campesino alto, con camisa blanca y pantalones de tela azul. Con su barba rojiza, su nariz gruesa y fofa, su boca entreabierta, tenía un aire de inocencia y de estupidez.

-Tiene caballos -dijo Jermolai- y está dispuesto a todo.

-Eso según sea -murmuró el granjero con voz vacilante, dando vueltas al gorro-. Yo... quiero...

-¿Cómo te llamas? -le pregunté.

-¿Que cómo me llamo?

Pareció reflexionar profundamente. Y al fin:

-Me llamo Filofei.

-Está bien. Ocurre lo siguiente. Queremos caballos; los tienes. Préstalos para engancharlos a nuestra "telega". Vamos a Tula. El tiempo está fresco. ¿Te parece que tendremos buen camino?

-Creo que sí. Por otra parte, no dista mucho de aquí. Veinte "verstas". Solamente hay un sitio trabajoso. Un vado.

-Pero ¿vos mismo iréis a Tula, señor? -me preguntó Jermolai sorprendido.

-Sí.

-¡Vaya! -exclamó él golpeando la puerta con despecho.

Para él ya no tenía interés el viaje a Tula, puesto que iría yo.

-¿Conoces el camino? -pregunté a Filofei.

-¿Cómo no he de conocerlo?... Que vuestra voluntad se cumpla. Sin embargo, no puedo, así no más...

Jermolai sólo le había dicho: "Se te pagará bien, no tengas miedo."

Por más imbécil que fuese Filofei, no se conformó con dicha promesa. Me pidió cincuenta rublos; le ofrecí diez. Discutimos.

-No conoce el valor del dinero -dijo Jermolai. Y me recordó que una casa de huéspedes; establecida por su madre, se había hundido porque uno de sus dependientes no conocía el valor real de las monedas.

-Eres un verdadero "filofei"[1] -le dijo mi compañero de cacería.

Algo ofendido por esta chanza, el campesino no respondió, pero interiormente acaso maldijo al pope que le había puesto el maldito nombre.

El precio se fijó en veinte rublos, el campesino me suministró cinco caballos. Eran buenos animales, aunque tuviesen cola y crines enmarañadas y vientres hinchados como globos. Volvió Filofei, acompañado de sus dos hermanos, que no se le parecían en nada. Tenían los hombros cuadrados y la nariz puntiaguda. Charlaban, discutían, pero se sometían a la opinión del mayor. Querían enganchar en la lanza el caballo gris.

-No -dijo Filofei-, ha de atarse el negro-. Y ataron el negro.

Llevamos provisión de heno y el arnés de mi caballo enfermo, para probarle en el que comprase en Tula. Corrió Filofei a su casa y volvió con una hopalanda heredada de su padre, un bonete y un buen par de botas. En seguida se instaló en el asiento. Me senté asimismo y miré mi reloj. Marcaba las diez y cuarto.

Jermolai, furioso, no se dignó despedirme. Se desahogó castigando a su perro. Filofei sacudió las riendas como quien sacude las cuerdas de las campanas. Y gritaba con voz aguda: "¡Adelante, hijos!" El vehículo arrancó y salimos del patio. En la calle 1e dio a uno de los caballos por tirar coces. Le reprendió el cochero y pronto estuvimos en un camino liso, bordeado de fresca arboleda.

La noche era serena y dulce, una verdadera noche de verano. Las ramas se mecían de cuando en cuando, al soplo de una brisa ligera. Nubecillas plateadas cruzaban el cielo, y la luna llena alumbraba todo plácidamente.

Me tendí a lo largo, dispuesto a dormir, cuando me acordé del vado.

-¿Qué distancia hay desde aquí al vado? -pregunté a Filofei.

-Unas ocho "verstas', por lo menos.

Supuse que no llegaríamos a dicho sitio antes de una hora, y pregunté a mi compañero:

-¿Estás seguro de no equivocar el camino?:

-No es la primera vez que le corro.

Rezongó algunas palabras más, que no alcancé a entender, porque ya me adormecía.

[1] Filósofo.

Desperté al cabo de una hora por un ruido insólito que llegó a mis oídos. Un ligero ruido de agua que golpea. Alcé la cabeza. ¿Qué ocurría? Estaba acostado en la "telega". Alrededor se extendía una capa de agua que cabrilleaba a la claridad de la luna. Miré al asiento. Filofei estaba inmóvil, la cabeza gacha, arqueado el cuerpo, como una estatua. Lejos, más allá del agua, se distinguía la línea oblicua de la "douga"[2]. Todo estaba en calma y silencio, todo me producía cierta sensación de cuento de hadas. Me volví a mirar detrás de nosotros. Estábamos en medio de la corriente, la orilla más cercana a treinta pasos. Grité:

- ¡Filofei!

-¿Qué queréis? -me preguntó.

-¿Dónde estamos?

-En el río.

-¡Demasiado bien lo veo! ¿Así pasas el vado? ¡Responde, pues!

-Me equivoqué por poco. Ahora habrá que aguardar.

-¿Aguardar qué?

-El caballo se orientará, nos dejaremos llevar por él.

La cabeza del caballo enganchado asomaba apenas en la superficie del agua. Una de sus orejas se movía hacia adelante y hacia atrás. Solamente rumor de agua había en el silencio profundo. La luna y el río tenían aspecto lúgubre. Terminé por inmovilizarme. Oí de pronto algo como silbidos.

-¿Oyes ese ruido? -pregunté alarmado a Filofei.

-Son ánades o culebras.

En el mismo instante la cabeza del caballo enganchado se removió: paró las orejas y resopló violentamente. Y Filofei empezó, a grito pelados "¡Hué, hué, hué!"

Se inclinó hacia adelante y describió círculos, suavemente, con la cuerda de su látigo. El vehículo arrancó violentamente, y pareció como lanzado a través del agua. Luego avanzó tropezando a derecha e izquierda, con ímpetu. Tuve la impresión de que nos hundíamos más. Luego de algunas sacudidas y de sumergirnos pavorosamente, la capa de agua descendió como por ensalmo, y el vehículo se fue destacando fuera del agua.

Esto duró algunos momentos. Luego vimos las colas de los caballos y también las ruedas, que alzaban grandes hierbas chorreantes. Y las gotas de agua, saltando, parecían zafiros a la claridad azulada de la luna. Los caballos nos arrastraron hasta la orilla arenosa.

No supe si reprender o no a mi conductor. Decidí no hacerlo, y tumbándome de nuevo en el carro procuré volver a dormirme. Imposible. No porque la aventura me hubiese espantado, sino por la belleza de aquellos parajes. No cansaba contemplarlos. Praderas de singular magnificencia se extienden, con vegetación tupida, salpicada de pequeños lagos y ríos. Son las praderas de que nos hablan las viejas leyendas sobre el gran Vladimiro y los valientes del ciclo de Kief. Venían aquí a cazar los cisnes blancos y los patos grises. El aplanado camino se desarrollaba en onduladas cintas, corrían alegremente los caballos, y yo miraba a mi alrededor con un sentimiento de dicha. Todo se deslizaba blandamente, armoniosamente, y la luna llena alumbraba con su luz clara el grandioso cuadro.

Filofei se volvió hacia mí:

-Son las praderas de San Jorge. Más allá comienza la tierra de los grandes duques. No hay nada más hermoso en toda Rusia. Ahora se aproxima la cosecha. ¡Cuánto trigo se va a moler! ¡Cuántos peces en todos estos lagos! ¡Hay sargos soberbios! Solamente que el hombre que vive aquí no debiera morir nunca. ¡Mirad, Barin, allí sobre el agua! Creo que es una garza real. ¿Hasta de noche busca peces para alimentarse? ¡Qué tonto soy! Era un gajo de planta. ¡Cómo engaña la luna!

[2] Camino.

Después de viajar durante horas a través de las praderas, cruzamos bosques y tierras de cultivo. Sólo faltaban cinco "verstas" para llegar al gran camino. Nuevamente procuré dormir.

Y otra vez me desperté. Filofei me gritaba:

-¡Barin! ¡Barin!

Nuestro coche se había detenido en medio de una vasta llanura.

Filofei, con los ojos dilatados, exclamó con estupefacción:

-¡Qué ruido! ¡Qué ruido!

-¿Qué dices tú?

-Digo, Barin, que hay un ruido. Escuchad, es un ruido.

Me incorporé. Lejos, muy lejos, un ruido de ruedas.

-¿Habéis oído? -me preguntó el cochero.

-Sí, algún carro.

-¿No escucháis también cencerros y silbidos? Quitaos el bonete, Barin, y podréis oír mejor.

Sin destocarme escuché con atención y percibí distintamente un lejano ruido.

-Después de todo -dije-, ¿qué nos importa?

-Es un carro con las llantas de hierros; mala gente, sin duda. Se cometen muchos crímenes en los alrededores de Tula.

-¡Vaya, vaya! ¿Por qué hacer semejantes suposiciones?

-No me equivoco. Una "telega" con las ruedas herradas, y esos silbidos, todo es sospechoso.

-¿Estamos todavía lejos de Tula?

-Quince "verstas", y no se ve una casa.

-Pues anda rápido, déjate de remolonear. Aunque yo no daba crédito a lo dicho por Filofei, no pude volver a dormirme.

Me tuvo despierto una sensación desagradable. ¿Y si fuese verdad aquello? Miré a derecha y a izquierda. Una nebulosidad vaga se había extendido, no sobre la tierra, sino en el cielo, y la luna en medio parecía suspensa, como una mancha blancuzca. Su claridad, en el suelo, comunicaba a todas las cosas un aspecto descolorido, todo parecía empañado. Atravesábamos parajes tristes, campos inmensos con barrancos y matorrales, luego campos cubiertos de maleza; todo triste, muerto, no se oía ni el grito perdido de una codorniz.

No cambiábamos una sola palabra el cochero y yo. En lo alto de una colina paró los caballos, bruscamente, y dijo:

-Barin, hay ruido, hay ruido.

Me asomé fuera del vehículo a escuchar, aunque ahora el rumor llegaba sonoramente. Pude distinguir el chirrido de las ruedas, el galope de los caballos, oí cantos y risas. El viento lo traía todo, era fácil comprender que nuestros perseguidores habían descontado dos "verstas".

Luego de mirarnos, Filofei se acomodó bien, castigó a los caballos y arrancamos en carrera violenta. Pero los pobres animales no pudieron sostener esta rapidez, y aflojaron, a pesar de las amonestaciones y latigazos de Filofei.

Ahora también yo tenía los recelos del cochero. Aquel ruido de hierros, aquellos silbidos, cantos y carcajadas nada bueno anunciaban. ¡Mala gente, sin duda!

Transcurrió un cuarto de hora, y a pesar del ruido que metía nuestro vehículo se oía perfectamente la carrera del que iba acercándose. Quise saber a qué atenerme:

-¡Para, Filofei, y entendámonos!

Los caballos relincharon, aliviados por el descanso. Ruidosamente llegaron los silbidos y las risotadas. ¡Dios mío! ¡Estábamos perdidos!

-¡Qué desgracia! -murmuró Filofei.

Cuando habíamos arrancado de nuevo, nos alcanzó con estrépito una gran "telega" tirada por tres caballos. Pasó casi rozándonos, como un turbión.

-Así suelen hacer los bandidos -dijo en voz baja Filofei.

Confieso que la sangre se me enfrió en las venas. La "telega" llevaba seis hombres con camisas coloradas y el "armiak" echado a la espalda. Gritaban y cantaban desordenadamente. Estaban ebrios. En el asiento delantero había una especie de gigante. Contuvieron la marcha, pero fingían no preocuparse de nosotros.

¿Qué hacer? No había más remedio que seguirlos. Y así lo hicimos durante un kilómetro. Me asaltaron toda clase de negros pensamientos. Recordó los versos del poeta Jeukovski: "El hacha de un vil bandido." O bien: "Te pasan por la garganta una vieja cuerda enlodada, y te arrojan a una zanja."

¡Horror! ¡Avanzaban siempre y nosotros los seguíamos!

-Procura pasarlos -dije a Filofei- y seguir por la derecha.

Me obedeció. Pero en seguida su carro nos alcanzó, nos pasó a su vez. Mi cochero siguió por la izquierda, y se repitió el juego. Filofei razono:

-¡Verdaderos bandidos! Pero ¿qué aguardan? ¡Ah, sí! Ved allá un puentecillo sobre el arroyo. Ese es el sitio donde piensan concluir el asunto. Nos matarán a los dos, porque no ha de quedar un gallo que cante. Lo que siento es que matarán también los caballos y mis hermanos se quedarán sin ellos.

A esta reflexión repuse:

-No nos asesinarán, porque les daré todo lo que tengo.

No estaba lejos el puente. El carro enemigo se detuvo, algo fuera del camino. Yo dije a Filofei:

-Estamos perdidos, hermano; perdóname que te haya traído a morir.

-¿Qué falta he de perdonaros, señor? Nadie puede esquivar la suerte fatal. Vamos, pues, y sea lo que Dios quiera.

Puso los caballos al trote y un momento después estuvimos junto a la terrible "telega" que nos aguardaba. Todos sus ocupantes estaban mudos. Ya no había cantos, ni risas. Todo en tranquilidad sombría, como cuando el halcón o el águila van a caer sobre la presa.

El hombre gigantesco bajó de su asiento y vino hacia nosotros. Filofei, instintivamente, paró los caballos. El gigante, afectando un tono cortés, pero con voz chocarrera y aflautada, pronunció este discursito:

-Respetable señor: venimos de un honesto festín, de una modesta boda. Acabamos de casar a uno de nuestros muchachos, y le hemos dado tanto de beber, que ya no se puede tener en pie. Buena gente, buenos trabajadores. Hoy hemos bebido bastante, pero para mañana no nos queda ni un "kopeck" para una copita. ¿Tendríais la gentileza de darnos algunas monedas? Quisiéramos nada más que una botella por hocico, nos la beberíamos a vuestra salud. Si no os agrada hacerlo..., ¡caramba!..., no debe sorprenderos lo que pueda ocurrir.

Yo no sabía qué pensar. El gigante no se movía. Un oblicuo rayo de luna iluminaba su cara. Todo era sonrisa en su rostro, los ojos vivos, la boca maliciosa; los dientes finos y largos parecían aguardar algo.

-Con mucho gusto -dije sacando mi bolso. Y le di dos rublos.

-Muchas gracias. -Y yendo a su carro gritaba-: Hijos, bendecid a este viajero; nos regala dos rublos.

Sus camaradas respondieron con un ¡hurra!

-¡Hasta la vista! -me saludó el gigante-. ¡Hasta la vista!

Eso fue todo. El carro se alejó, subió una cuesta, desapareció. Ya no hubo más ruido, ni gritos, ni cascabeles.

Pasó un buen rato antes de que pudiéramos recobrarnos.

-¡Qué hombre más raro! -dijo por fin Filofei. Y repetidas veces se santiguó-. Verdaderamente un hombre extraño, con una cara tan alegre. Ha de ser un buen tipo. Sin embargo, no nos dejaba pasar. En fin, todo salió bien.

Yo no decía nada. Pero experimentaba una sensación de bienestar. "No ha sucedido nada grave -reflexioné-. El trance no nos ha costado caro."

Tuve cierta vergüenza de haber evocado los versos del poeta. Pero de pronto me distraje con una idea:

-Filofei, ¿eres casado?

-Sí, barin.

-¿Tienes hijos?

-Los tengo.

-Tú no te acordaste de ellos en el momento del peligro. Hablaste de los caballos, no de tu mujer ni de tus hijos.

-¿Y por qué había de nombrarles? No corrían peligro. Pero yo pensaba en ellos, siempre pienso en ellos.

Y después de una pausa:

-Tal vez por ellos no ha permitido Dios que muramos.

-Pero puesto que no eran bandidos...

-No es posible saberlo, barin. ¿Quién ha visto nunca el alma de un semejante? El proverbio dice: "El alma de los otros es como la noche oscura." Solamente Dios es verdaderamente bueno. Sí, Dios.

Se acercaba el día cuando llegamos a Tula. Yo estaba rendido, y dormitaba.

-Mirad, pues, señor -dijo Filofei-. Se han quedado en la taberna; allí se ve la "telega". Efectivamente: allí estaba el carro, y a la puerta de la taberna asomó el gigante. Al vernos, se descubrió y saludando nos dijo:

-Acabamos de beber vuestro dinero. Y tú, cochero, ¡buen susto te has llevado!

-Muy alegre está el hombre -observó Filofei. Entramos por fin en Tula. Compré plomo, té, vino, y escogí un caballo en casa de un negociante. Regresamos a mediodía. El cochero, alegre con unas copas de vino, me refirió cuentos festivos.

Cuando llegamos al sitio donde nos alcanzó la "telega", me dijo:

-¿Recordáis cómo repetía: "Hay ruido, hay ruido"?

Su salida le pareció muy graciosa, y se rió a carcajadas.

'De vuelta a su aldea, por la noche, conté a Jermolai nuestra aventura. Pero estaba en ayunas y no me atendió demasiado. Se conformó con decir: "¡Ah, sí!", que tanto manifestaba indiferencia como reproche.

Dos días después me informé que un rico comerciante había sido asesinado en el camino a Tula. Me pareció mentira, y sólo di crédito a la versión cuando me la confirmó un oficial de policía.

Los asesinos, ¿serían aquella gente del carro? Y el comerciante asesinado, ¿no sería el muchacho de quien tan chistosamente referían que no pudo tenerse en pie?

Permanecí algunos días más en la aldea de Filofei. Invariablemente, al verle, le decía:

-Hay un ruido, hay un ruido. Y él me respondía riendo:

-Es un hombre alegre, muy alegre.

FIN